

CRISTÓBAL COLÓN

Capítulo LXIV.

Lo que había pasado en Haiti.

Catalina, ó Flor de Palma, como la hemos llamado, con aquellas de sus compañeras que pudieron salvarse de la persecucion de los marineros, llegó al sitio donde estaba la luz y allí encontró á Guacanajari que la esperaba.

Hechas las paces con Caonabo, dominado por los butios, Guacanajari no tenía más remedio que faltar á los juramentos que había hecho á Colon uniéndose á las demás tribus de la isla para oponer un formal obstáculo á los deseos de los extranjeros, vengar los ultrajes que les habían hecho, y sobre todo conseguir la realizacion del deseo que tanto de él como de los demás caciques se había apoderado: poseer las embarcaciones de Colon, hacerse dueños de los ca-

ballos, de las aves, de los demás objetos que habían llevado á la isla.

Caonabo había concebido la idea de destruir á los nuevos soldados de Colon, como había destruido á los que ocupaban la fortaleza de la Navidad.

Guacanajari con todos sus vasallos, al dejar abandonada á Marien, se refugió en el territorio de Caonabo, y presentando á Flor de Palma como la reina de Boriquen, la hizo su esposa y la confió á los cuidados y á la amistad de Anacaona, la reina de Xaragua, esposa del terrible cacique del Cibao.

Anacaona, cuyo nombre quiere decir *Flor de Oro*, era una de las más hermosas indias, tan dulce y cariñosa en la paz, como valerosa y ardiente en la guerra.

Con sus cánticos inspirados entusiasmaba á los guerreros durante la batalla, y en las horas de descanso les refería los acontecimientos de su historia, las desgracias de su pueblo y la vida de sus reyes.

No ha habido un solo historiador de las cosas de América que no haya tratado con el mayor respeto y consideracion á esta mujer privilegiada.

Hermana de Boechio, trascurrieron sus primeros años en las orillas del lago de Xaragua, que comienza á dos leguas del mar, cerca de la ciudad de Maguana, y que en algunos sitios tiene más de tres leguas de ancho y diez y ocho de largo.

Aquella parte de Haiti era la más fértil, y se hallaba cubierta de aldeas y poblaciones las más civilizadas de la isla.

Todos los naturales de ella estaban bien formados.

Su color era moreno claro.

Sus ojos expresivos.

Su fisonomía risueña y cándida.

Sus cabellos eran negros.

Las mujeres llevaban la cabellera flotando al aire, y los hombres formaban con ella una especie de lazo encima de la cabeza.

Las mujeres casadas usaban una especie de túnica tejida con hilos de algodón, heniquen, coco, majagua, ó con plumas de ave, que cubria sus rodillas.

Las vírgenes iban completamente desnudas.

Ornaban su cabeza con piedras de color, láminas de oro y plumas de guaraguas, tocororos y águilas blancas.

En aquel hermoso país se mecían en las ramas de los árboles el sinsonte, el risueñor y el tomegin, pequeño pájaro de verduzco color con collar amarillo.

Todo era encantador en aquellas regiones.

En los primeros albores de su juventud se había visto Anacaona aclamada como reina por los habitantes de aquella comarca.

Los caribes habían invadido, como tenían de costumbre, aquella parte de su isla.

El padre de Anacaona con sus guerreros había salido á su encuentro.

La batalla había sido muy terrible.

El rey había caído herido al golpe de una flecha envenenada.

En sus últimos momentos, Caonabo, jefe de los caribes, que había visto á Anacaona y se había prendado de su hermosura, le pidió su bendición para hacerla su esposa y le ofreció quedar al frente de las tribus de Xaragua, luchar contra sus propios hermanos para defenderlas y hacer la felicidad de Anacaona.

El anciano caudillo mandó llamar á su hija.

Al distinguirla cerca de sí, le tendió sus temblorosas manos, y con voz moribunda:

—Anacaona,—le dijo,—voy á morir. Antes de que el sol esconda su frente en el ocaso habrás quedado huérfana y serás cacique del Cibao; pero al morir dejo á tu lado un protector.

Caonabo, el valiente caudillo de los caribes, prendado de tu hermosura aspira á ser tu esposo y yo bendigo vuestra union.

El te defenderá y defenderá á tus vasallos de sus enemigos.

Ven, hija mia, ven; que pueda unir tu mano á la suya antes de exhalar el último suspiro.

El anciano unió las manos del guerrero y de Anacaona.

La muerte puso su helado dedo sobre la frente del anciano, y ante su misma tumba fueron unidos Caonabo y Anacaona.

Las invasiones de los caribes cesaron, la paz reinó en Haití, y Guacanajari, rey de los reyes, sin.

tió un inmenso afecto hácia su gran cacique Caonabo porque habia llevado el ramo de oliva á su territorio.

Del uno al otro confín de la isla reinaba la alegría en todos los hogares.

Entregados á la molicie los indios veían resbalar las apacibles horas de su vida, regalados siempre con sabrosos frutos por la naturaleza y consagrados á sus ceremonias religiosas y á sus alegres danzas.

La llegada de los europeos les pareció al pronto el complemento de su felicidad.

No habia duda: aquellos hombres que bajaban del cielo á visitarlos aumentaban su ventura con los ricos presentes que les ofrecían, con las preciosas y nuevas dádivas que les habian hecho.

Pero bien pronto conocieron todos los caciques, excepto su rey Guacanajari, que no eran, que no podían ser enviados del cielo aquellos hombres que se apoderaban de su oro, que mancillaban su hogar y asesinaban á sus hermanos.

Caonabo fué el primero que resolvió tomar venganza de ellos, exterminarlos, y ya hemos visto lo que habia conseguido.

Guacanajari, sin embargo, ménos desconfiado que el cacique, quiso cumplir el juramento que habia hecho á Colón, y por la primera vez entonces estalló la guerra civil en el seno de la isla.

¡Caonabo y Guacanajari luchando por los españoles!

¡Quién lo hubiera creído!

¡Los dos amigos, los dos hermanos!

Esta consideracion aumentaba la ira de Caonabo.

Su indignacion, su encono, produjo el exterminio de la fortaleza de la Navidad, la hecatombe de los españoles que en ella se albergaban.

Pero aún no estaba satisfecho.

Alonso Velez, que con sus malas artes habia logrado la proteccion de Caonabo, le habia dicho:

—«No te duermas sobre tus laureles. En breve volverán de lejanos países los enviados de los reyes de España con numerosas embarcaciones, muchos soldados y máquinas de guerra; su objeto no es otro que apoderarse de la isla y convertirnos en esclavos suyos.

»No contentos aún os arrebatarán todo el oro que en sus entrañas encierran las montañas del Cibao, y cuando hayan saqueado el país y hayan convertido en escombros sus casas y en cenizas sus bosques, os abandonarán para siempre hasta que perezcáis sobre las ruinas llevando al cuello el dogal de la esclavitud.»

Caonabo habia dado crédito á este vaticinio y habia tomado sus medidas para que en toda la extension de la costa hubiera espías que acechasen la llegada de las embarcaciones europeas y le diesen aviso.

Al mismo tiempo habia convocado á todos sus compatriotas, les habia comunicado los proyectos que Alonso Velez atribuía á los suyos habia en-

cendido en su pecho la sed de venganza y aguardaba con febril ansiedad la hora del combate.

En vano procuraba Anacaona apaciguar su inquietud.

En vano Iguanamota, su amada hija, rodeaba el nervudo cuello de su padre con sus brazos.

—El extranjero vuelve, gritaron los espías llegando á su encuentro.

Caonabo supo que Guacanajari les habia dispensado una benévola acogida; que habia ido á visitar sus buques, y que estaba resuelto á defenderlos de Caonabo y de los demás caciques.

Entonces fué cuando, en presencia de Anacaona, llamado en torno suyo á Boechio, á Guarionex y Gayacoa, les habló del inmenso peligro que corría su libertad, y de la necesidad que tenían de sacrificar su vida, si era preciso, en defensa de su patria.

—Guacanajari es nuestro mayor enemigo,—añadió,—ampara á los europeos, y en prueba de su amistad luchará con nosotros. Que Vagoniana nos perdone.

—Es imposible,—exclamó Anacaona;—es imposible que vuelva á regar las llanuras de Haití la sangre de los indios vertida por las flechas de nuestros hermanos.

Tu flecha, Caonabo, ha herido ya á tu rey; podrías matarle, y el que atenta á los herederos de Vagoniana es maldito.

Antes de luchar con Guacanajari ofrecedle la paz, advertidle el peligro que corre, disipad de sus ojos

las tinieblas que le rodean. Que conozca la verdad y se colocará á vuestro lado.

—No abrigo otro deseo,—dijo Caonabo,—pero con sus condescendencias y sus bondades está fraguando la cadena de nuestra esclavitud.

En aquel mismo momento enviaron los caciques coligados un emisario.

Ainaibac, el gran butio de Guacanajari, fué encargado de inculcar en el ánimo del rey de Haití la verdad, predisponiéndole á la paz.

Lo que entónces pasó, ya lo saben mis lectores.

Con las declaraciones del butio coincidieron las revelaciones que Flor de Palma hizo á Guacanajari.

Coincidió también el deseo que concibió el monarca de hacer su esposa á la destronada reina de Boriquen.

Guacanajari dejó de ser leal á Colon.

Abandonó á Marien dispuesto á reforzar con sus vasallos las huestes de sus caciques, y á defender á toda costa la independencia de su isla.

Flor de Palma se habia apoderado de su corazón y habia sembrado en él el sentimiento de la venganza.

Unidos todos los haitianos, resueltos á destruir á los europeos, Boechio y Guarionex, más cautos y menos impetuosos que Caonabo, convinieron en que más que ir á buscar á los españoles, en que más que ir á combatirlos á la colonia que habian fundado, les convenia tenderles un lazo, mostrarse pacíficos y benévolos con ellos, dejarlos recorrer libremente los

departamentos de la isla, excitar su codicia para que fueran al Cibao, y reunidas allí todas las fuerzas, cuando se creyeran solos y dueños del terreno cayeran sobre ellos como la tempestad.

Tal era su actitud; tal su esperanza; tal su más vehemente aspiración cuando Alonso Velez, su cómplice y expía, cayó en poder de los españoles.

Los indios que le acompañaban corrieron á anunciar á Caonabo que Alonso Velez habia perecido á manos de los extranjeros.

Supo tambien que habian establecido una fortaleza cerca de sus dominios.

Ya no habia duda. Los españoles iban resueltos á luchar con ellos y á vencer.

Era necesario esperarlos, acecharlos y exterminarlos pronto.

Mientras que Guacanajari lloraba sus desdichas y calmaba su aflicción en los brazos de Flor de Palma, Guarionex y Boechio tenían que contener los impetus de Caonabo y Guayacoa, y estos, á su vez dominaban, no sin trabajo, la impaciencia de Umatex, jefe de los ciguayos, que ardía en deseos de dirigir sus flechas, impregnadas en guao, al pecho de los enemigos.

El momento de la lucha se aproximaba. ¡Qué escenas iba á presenciar aquella tierra virgen de las pasiones de los hombres!

Capítulo LXV.

Nuevos apuros.

La narración de Alonso Velez en su primera parte, es decir, en lo relativo á los usos y costumbres de los indios, habia interesado vivamente á los españoles, y en gracia de aquellas noticias le perdonaban su traición.

Pero las últimas, las que se referian á la actitud belicosa de los indios, por más que todos fuesen valerosos, al contarse, al ver el reducido número de hombres que formaban y la deplorable situación en que vivían, no podían ménos de entrever su tumba al final de aquella arriesgada expedición.

Colón, que aún no tenía entera confianza en los propósitos de Alonso Velez, después de hacerle vestir á la europea, le destinó á una de las carabelas para tenerle así en observación; y temeroso de que